



UN AMOR robado

ILUSTRACIÓN CLARA INÉS VELÁSQUEZ

ELKIN
RESTREPO

Aún no conocía la casa, y esa tarde calurosa de junio, aprovechando la invitación de Arturo, la fui a conocer. Arturo y Leonor la habían comprado con la intención de no volver a Medellín, una ciudad colapsada, propicia al caos y el crimen, y dedicarse por completo al cultivo de flores, la lectura y los paseos por el campo: a una vida tranquila, sin espavientos.

Al lugar se llegaba por un camino veredal, entre altos eucaliptos y potreros descuidados. Como sucede en los territorios planos, todo se tornó demasiado igual y monótono enseguida. La casa apareció en una vuelta del camino, una vieja construcción centenaria a la que el tiempo no le había agregado mayor gracia. Por un instante, espantado por tanta vetustez, dudé en seguir, pero los perros habían visto el carro y ladraban agitados anunciando al intruso. Bastó que por lo bajo les soltara dos o tres madrazos y les alargara una mano cariñosa para que el escándalo se transformara en monerías y saltos hostigosos que, al multiplicarse, obstaculizaban el paso. Desde el portal, el silbido de Arturo fue suficiente para aplacar al par de fastidiosos gozques.

Leonor había salido de compras pero no demoraba. Mientras tanto, mi amigo me invitó a recorrer la casa, cuyo interior, remodelado, mostraba un aspecto diferente. De la vieja casa solo conservaron la fachada y la gran chimenea de ladrillo, dejando lo demás en manos del arquitecto, que se inclinó por los espacios amplios y luminosos, por los ojos de agua y las acequias, por un jardín exuberante. En últimas, por un lugar que con sus muros altos y blancos y la calculada (delicada) intromisión de la naturaleza allí donde se hacía necesaria, poco motivaba a estar en otro sitio.

En la parte de atrás, desperdigados por el lugar, en actitud meditativa, numerosos gatos recibían el sol amarillo de la tarde. Semejaban deidades adormiladas que algún juego con el tiempo había traído y depositado allí de repente.

—Son gatos vagabundos que Leonor ha ido recogiendo, nos dan compañía.

No todos tenían nombre, pero los diferenciaban por el color, el tamaño o las pequeñas manías, que las tenían. Leonor pasaba mucho tiempo con ellos. A veces le parecía que ella también ronroneaba, tal era su cercanía con la pequeña tribu, pero a él, y esbozó una mueca socarrona al decírmelo, los ronroneos y maullidos de Leonor solo le gustaban cuando estaban en la cama.

La escena, bajo aquella luz tardía —delicada como una piel o el capullo de seda de un deseo soterrado—, era curiosa, por decir lo menos. Unos gatos atrapados en una inmovilidad escultórica, dándole al instante una definición rara, como si el existir consistiera en muchas formas y esta, entre todas, corriera aparte, única.

Advertí que a Arturo, acostumbrado a verlos, le daba igual. Pero testigo de algo tan inesperado, le pedí que nos detuviéramos, quería contemplarlos, no perderme aquel momento.

Eran diecisiete gatos, los conté uno a uno, y dibujaban en su conjunto una especie de semicírculo que se alargaba hasta la pared del vivero situado al fondo del jardín. No pensé, por supuesto, que aquel orden fuera intencional, eran unas simples bestezuelas y ellas no se dan a estas construcciones, pero no me pasó desapercibido el hecho. Algo había allí, en esa comarca de gatos adoradores del poniente, que no me pareció arbitrario o casual. Lo digo porque la escena me despertó cierta aprensión cuando nos acercamos a ellos. Algo había allí oscuro, propio de otros lados, que era mejor no provocar. Eso me pareció, aunque Arturo no dijo nada ni manifestó inquietud alguna. El hecho le era indiferente.

Cuando estábamos en el invernadero, se escuchó llegar un vehículo y a los perros, alborotados, ladrar felices.

—Es Leonor, dijo él.

Vi que el gato mayor levantaba la cabeza, tornando a su estado de falso durmiente al reconocer los sonidos familiares. Fue entonces como si aquella tensión anterior se opacara enseguida, llevándose cualquier idea extravagante que el grupo de bestias me hubiera despertado. Ya nada había en ellos que fuera ambiguo o amenazante, bien porque la luz hubiera menguado o por la presencia de su dueña.

En poco se parecía esta Leonor a la Leonor que yo conocía, casi podía decir que era otra persona. Los cambios físicos eran grandes y de su juvenil belleza, de la cual en alguna ocasión yo había hecho unos rápidos bocetos, apenas quedaban rasgos. Había embarnecido y su cautivadora sonrisa de antes se había tornado melancólica, casi elusiva, distante. Quizás yo veía en ella lo que quería ignorar en mí: que el tiempo había transcurrido y que ahora éramos por entero obra y producto suyo, realmente sus víctimas.

De repente, pues, estábamos ahí los tres, recuperando por la gracia del tiempo y el buen ánimo, un pasado, aquella porción de existencia que nos era común, el reino que nos pertenecía cuando aún éramos jóvenes y la vida no nos había tocado.

Aunque el saludo fue cálido, no nos besamos. También en esa reticencia estaba dicha cuánta distancia había corrido entre nosotros desde cuando ella, enfrentando el dilema de casarse conmigo o con Arturo, se decidió por quien le prometía una vida menos complicada e infernal que la que le podía ofrecer un alcohólico, incómodo y airado con el mundo por el simple hecho de existir.

“Mira, amiga, lo que la vida ha hecho de nosotros”, pude haberle dicho, pero lo pasé por alto. Ambos andábamos en esa edad en que juicios de esta clase son cosa frecuente y lo más realista es callarlos. Vivirlos con resignación.

Que yo ya no hacía parte de su vida, lo ponía de manifiesto el que mi presencia allí apenas le causaba sorpresa. La verdad, le daba igual, y si en parte mostró atención, alegría incluso, quizás lo hacía por no contrariar a su marido, quien me había invitado con la intención de recuperar, así fuera por una tarde, como me lo dijo, a su viejo amigo.

Que yo se la aceptara sin mayores requisitos, no dejó de sorprenderme. Con dolor había cerrado aquel capítulo y mi decisión, a lo que ayudaba su ausencia de la ciudad, era no volver a saber de ellos. De esto hacía una década, época en que a una rabia sorda la suplió una profunda decepción de todo, que me impidió pensar siquiera en plantearme una nueva relación. Era como si con Leonor, para mí, hubiera muerto el amor, la posibilidad del amor. Y, sin embargo, ¿cómo entenderlo?, a la primera señal corría a su encuentro, sin saber siquiera si saldría indemne de él.

Arturo encendió la chimenea y Leonor puso a asar en el horno unas chuletas de cordero y yo incluso, llegado el momento, me presté a preparar la ensalada y a colocar la vajilla en la mesa de comino crespo, una joya de la ebanistería francesa, conseguida en un anticuario, que fue mi regalo de bodas. De la alacena, Arturo sacó una botella de Pinot Noir, con la cual, olvidado de mi forzosa abstinencia, avanzamos en aquel reencuentro que, junto al exquisito cordero y el piano y la voz de Agustín Lara sonando al fondo, nos devolvía muchas de las cosas de entonces, alejadas por aquel amor robado.

De repente, pues, estábamos ahí los tres, recuperando por la gracia del tiempo y el buen ánimo, un pasado, aquella porción de existencia que nos era común, el reino que nos pertenecía cuando aún éramos jóvenes y la vida no nos había tocado, y como si lo acontecido en algún momento, envolviéndonos en su drama, fuera ahora ficción y no algo que hubiera acontecido en realidad. La verdad, como si nada se hubiera roto antes y Leonor fuera aún el amor disputado y aquel momento existiera para dirimirlo de nuevo, y fuera yo ahora el que llevara la ventaja, el que sabía al menos del valor de una pérdida. ¿Era aquello algo verdadero o solo una falsa impresión nacida de una situación equívoca? De todas maneras vivía aquel momento como un sortilegio, sin quitar los ojos de aquella mujer que, al volvérmela a encontrar, me hacía advertir hasta dónde mi existencia era algo incompleto, un lugar a oscuras.

“¡Ay, Leonor, qué lindo sueño es despertar de pronto y tenerte cerca!”, me dije mentalmente.

Aquello, pues, no era, no podía ser, una fantasmagoría, y la dicha oreó mi corazón cuando ella aceptó bailar conmigo y todo fue como antes, sin resquemores ni reclamos, como si el perdón mediara ya entre los tres.

No sé en qué momento, Arturo, embriagado, cayó en un soliloquio de nunca acabar. Según él, de haber aprovechado las oportunidades de la vida, hoy quizás sería el ingeniero rico que el contrato con la construcción del ferrocarril de Valencia, en Venezuela, le garantizaba, y no el mediocre cultivador de flores de ahora. Y se condolía, pasándose la palma de la mano por la frente, a punto de gimotear.

Vi entonces cómo Leonor lo miraba, sorprendida. Aquello era una bajeza, era como si su marido hubiera roto un pacto. Y las lágrimas rodaron por sus mejillas. ¿Sucedió por primera vez que su marido se derrumbara, mostrando su frustración? ¿Una frustración de la cual, sin decírselo, la culpaba a ella y que ahora, para agravar las cosas, repetía frente a quien menos podía mostrarla?

La retahíla pronto se convirtió en flagelo y autocastigo, difícil de escuchar por lo despiadada. En ese harakiri, Arturo quería ir hasta el final, buscando quizás compasión y ofreciendo a ambos, a Leonor, que pese a su dolor y tristeza callaba, y a mí, el traicionado, su infelicidad como ofrenda.

Su vida era una mentira, lo reconocía, estaba además matando a su mujer. ¡Mírala, no más mírala, hasta dónde la ha arrastrado mi desatino! ¡Nada es como debió haber sido!, casi gritó.

Siguió luego un momento muy incómodo, que ninguno supo cómo resolver. Los tres callamos, esperando que sucediera un mínimo desplazamiento del mundo que nos colocara en el instante siguiente y saber qué sucedería. Sin la música, la casa parecía ahijar un silencio más hondo, dándole un mayor volumen. Caí en cuenta entonces de la presencia de los gatos, varios de ellos subidos sobre el espaldar y los brazos del sillón cercano a la chimenea donde permanecía Leonor. Se habían colado allí quién sabe en qué momento y ahora estaban en todas partes, paseándose sobre la mesa incluso. Era como si acudieran a un llamado, trazando en la amplia sala una línea de frontera entre la pareja y el extraño que era yo.

De pronto, un gato albino, con un ojo malogrado, saltó sobre las rodillas de Arturo, reclamándole una caricia, quizás una orden, con un ronroneo bajo, de fiera irritada, al cual se sumó luego el velado ronroneo de los otros. Miré a Leonor, como indagando, pero esta, cabizbaja, masticaba su pena, fastidiada de todo. Confundido, ya no sabía qué pensar, algo había allí que no marchaba correctamente y, antes de que la circunstancia se tornara en una real amenaza —los gatos tenían clavados sus ojos en mí—, me levanté.

Ninguno de los dos me dijo adiós. ■

Elkin Restrepo (Colombia)

Poeta y narrador. Sus últimas publicaciones: *Como en tierra salvaje, un vaso griego* (poesía, 2012), *A un día del amor* (relatos breves, 2012) y *Una verdad me sea dada en lo que escribo* (antología, 2014).

